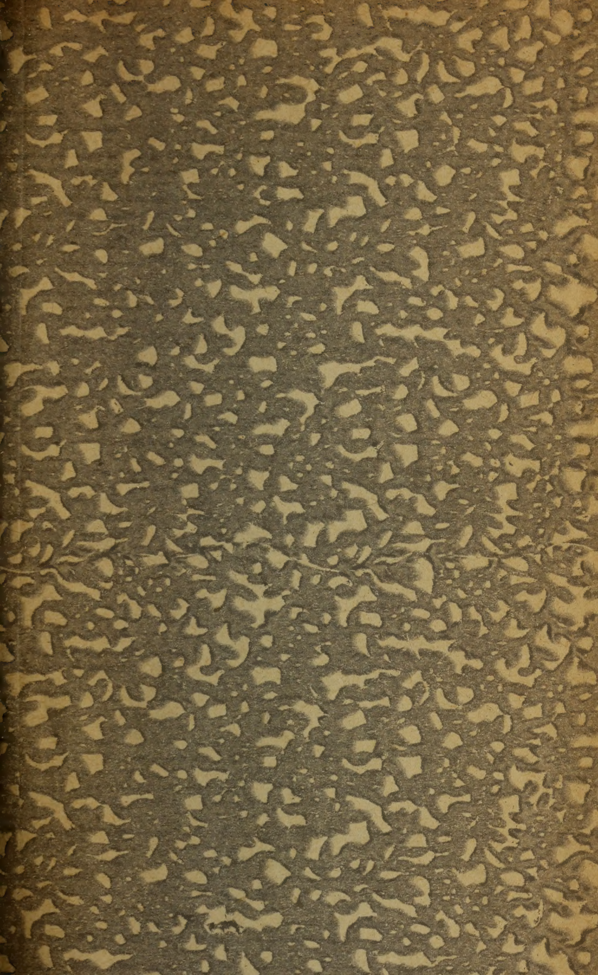






OBRAS DE ENRIQUE DE MESA

VERSO

Tierra y alma. Madrid, 1906. (Agotada.)

Cancionero castellano. Madrid, 1911. (Id.)

PROSA

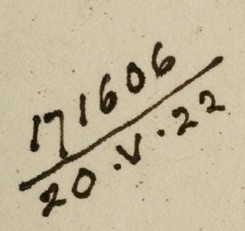
Flor pagana. Madrid, 1905.

Tragicomedia. Madrid, 1910.

Andanzas serranas. Madrid, 1910.

ENRIQUE DE MESA

EL SILENCIO DE LA CARTUJA



MADRID

Madrid.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10.

A MIGUEL Y A RAMÓN

«Cada mañana hallarás, alma mía, a la puerta de tu casa, a todo el universo, las aves, animales, campos y cielos que te esperan para servirte: para que tú pagues por todos el servicio de amor libre, que tú solo, en lugar de todos, debes a tu Criador y suyo.»

FRAY DIEGO DE ESTELLA

El silencio es el sol que madura los frutos del alma.

MAETERLINCK.

«En la fragosa entraña de la sierra vecina hay un rincón apacible, de soledad y de ventura. Fué un tiempo retiro de monarcas, lugar de clausura y de rezo. Hoy está abandonado. Donde se oyeron preces y cantos de frailes, ahora sólo se escuchan las perdurables, viejas canciones del agua y del viento.

¡Lugar bendito! Las cigüeñas no lo olvidan. Tornan todas las primaveras. Cuando llega el estío, correteos y risas de chicos alegran su silencio...»

¡Silencio de la Cartuja!: mano blanda y suavísima, mano santa para el espíritu disperso, desmazalado y flojo.

En tu cóncavo silencio, vieja Cartuja, he logrado escucharme, atento sólo al ritmo perenne de la naturaleza, en el decurso inexorable de las horas. He oído mi voz—humilde voz humana—en el concento maravilloso de todo lo creado, en el coro innúmero del agua y del aire, de la piedra y del árbol, del cuervo y de la golondrina, del insecto y del hombre.

Y he aquí mi canción; rimada y escandida a lo largo de los claustros húmedos; en las celdas ruinosas; entre los guindos, blancos de primavera; bajo el encaje tembloroso de los fresnos, transidos del sol; a la sombra, densa y propicia, de las nogueras cargadas de fruto.

Madrid, Cartuja de Santa María del Paular, 1916.

LA JORNADA

Esta poesía—comento lírico al libro de José Fernández Zabala, «Excursiones al Guadarrama»—rememora el camino a la Cartuja por las vértebras rocosas, las resonantes quiebras, las praderías y los pinares del monte carpetano, áspero, claro, recio.

LA JORNADA

Este libro es salud, aire de puerto,
claro rumor de serraniegas aguas,
fragante enebro entre canchales rotos,
jara florida.

Austera fronda de pinar, que al viento
es música y aroma; florecido
soto abrileño. Bajo el sol, que es llama,
nieve de cumbre.

Seguid el paso al andariego artista;
marchad con él por la cañada umbrosa,
en donde el cierzo de la cima es mansa
brisa que orea.

Naciente sol en los neveros fulge;
son a su luz las torrenteras, fuego;
en el reir de los regatos locos
canta la vida.

En el cercado el alcacel verdea;
sobre el barbecho las alondras cantan;
en los hondones del camino en sombra
brilla el rocío.

Tiemblan esquilas de rebaños, lejos;
en las majadas los mastines laten;
de los cabreros por el monte ruedan
voces perdidas.

Hay en el valle margaritas, menta,
hojas de trébol y narcisos blancos;
en el remanso de las aguas puras
lirios florecen.

Entre los robles, temerosos huyen
potros salvajes; las hirsutas crines
flotan al aire, y en el aire vibra
fiero relincho.

Luego, callada soledad, aromas,
tomillo en flor en las laderas agrias;
matas de brezo entre peñascos grises;
sed y fatiga.

Tras de la sombra del pinar, los hombros
del monte hercúleo, la pedriza brava;
un pino audaz, en el canchal, sus rojas
ramas retuerce.

¡Oh la delicia de las trochas duras,
cercano el hosco roquedal cimero,
cuando en las sienes, de sudor bañadas,
laten las venas!

Bajo el amparo del crestón rocoso,
espejo altivo del azul joyante,
en hondo vaso de granito, quietas
aguas de nieve.

Con su verdor los herbazales celan
traidoramente el aguazal del tollo:
en sus cristales, que la luz descubre,
beben las águilas.

Bronco torrente entre los canchos muge,
los pinos muertos rebramando salta;
los piornales de la abrupta orilla
besa su espuma.

Por los calveros, bajo el sol, nerviosas,
las ondulantes lagartijas corren.
En el silencio, melodiosamente,
cantan los mirlos.

Y en la sillada del pinar tumbados,
mientras el golpe de los pulsos cede,
mirar el paso de las nubes blancas
sin pensamiento.

Allá, en el fondo, la llanura vieja:
lejos se pierden sus caminos albos;
verdes jirones, barbecheras pardas,
pueblos y frondas.

Y el monasterio de vetusta piedra,
rincón de paz y de ventura asilo,
con el andrajo de su torre mocha
pasto del fuego.

Este libro es salud. Quien lo compuso
sabe escuchar el poderoso ritmo
del corazón del carpetano monte.
Honra merece

PIEDRAS VIEJAS

PIEDRAS VIEJAS

Ceñidos de verdor los muros grises,
riberas del Lozoya,
en el silencio de la tarde quieta
se alza el vetusto monasterio en sombra.
Sin bronces ya, las claras lenguas vivas
que sonaron los rezos y las horas;
sin capitel, vencido de los años,
el roto andrajo de su torre mocha.
¿Qué pensará el viajero

al verte aparecer tras de las lomas,
si el espíritu en llamas
tu leyenda de siglos rememora?
¿No volverá don Alvaro de Luna
de tierras de Segovia,
de allende la montaña,
de Turégano, Ayllón, Olmedo o Coca,
a visitar al rey Juan el Segundo
que en la Cartuja posa?...

Seguido de su corte,
en lucido tropel de gente moza
—insignias y bordados,
al viento los penachos y garzotas—,
camina el favorito,
monarca sin corona,
al bravo sol de julio
de Malagosto por las sendas hoscas.
Mientras los monjes rezan
y la sierra fragosa
repite en sus quebradas

el ronco son de montaraces trompas,
don Alvaro, cincel de gobernante,
quiere labrar el mármol de la Historia.

....

Y el cuerpo sin cabeza
cayó vencido en infamante fosa.
Y fué la noble frente
festín de sucias moscas;
¡la frente en que labraran un futuro
—panal de miel—abejas laboriosas!

En un rincón del huerto, perfumado
de silvestres aromas,
entre olmos y nogales,
tallada en piedra tosca,
la imagen de aquel rey, triste poeta
que rimó su deshonra.

España, ¡pobre España!,
desnuda, yerma y sola,

al correr de los siglos bien mostrenco,
campo de aventureros en discordia;
predestinado cuerpo sin cabeza,
vetusta torre mocha
sin bronce de campanas
que repiquen a gloria,
¿no encontrarás la testa noble y limpia
que se asiente en tus hombros poderosa?...

Se oye un sonar de esquilas,
y en la tarde bucólica,
bajo la paz serena del crepúsculo,
al Monasterio los rebaños tornan.

EL VALLE

OTOÑO EN LA SIERRA

Llegó la nieve temprana
con un otoño de frío.
Hoy alumbró la mañana,
la cresta del monte cana,
más ronca la voz del río.

Con el agua del nevero
se esponja el verdor del tollo.
En el trajín carbonero
caen las matas del rebollo
bajo el golpe del hachero.

Dudosa en la gris penumbra
de una luz crepuscular,
a lo lejos se columbra
la fontana, que se alumbra
por los claros del pinar.

Aun reciente la nevasca,
fúlgido de su blancor,
el piorno gime y chasca
en la alegre chamarasca
de la hoguera del pastor.

Muestran los fresnos podados
sus blanquecinos muñones;
y en los barbechos alzados,
trazan rectos los arados
los mullidos camellones.

Cae la fronda encarrujada
de los centenarios pobos
que al rigor de la invernada
vieran antaño a los lobos
bajar al pueblo en manada.

Lloran agua de rocío
las carretas del ramón
para el ganado cabrío
que ha de henchir el corralón
de olor a monte bravío.

El rebaño no se acarra
bajo la sombra ceñuda
que a los crestones se agarra,
ni en la solanera muda
se oye cantar la cigarra.

De arregosto van los grajos
a las nueces del nogal.
En las quiebras y en los tajos,
locos bullen los regajos
por el agrio cantizal.

Corazón de la invernada,
noches de lobos y hielo:
¿logrará la soterrada
semilla, verse lograda
bajo la gloria del cielo?

Y mientras salta y fulgura
la morcella en el candil,
finjo un sueño de ventura
—nieve, sol, temple y blandura—
para el retorno de abril.

LA VOZ DE LAS CAMPANAS

Por entre las frondas
ríe la espadaña
con el bronce vivo
de sus dos campanas.
Tan, tan...
tan, tan...
Alegría de fiesta. Grana en la espiga el pan.

Es el aire recio
de las cumbres bravas
el que entre los olmos
murmurando pasa.
Tan, tan...
tan, tan...
Tras de mayo florido viene junio galán.
Rompen en las guijas
su cristal las aguas;
luego, en los cadozos,
verdes se remansan.
Tan, tan...
tan, tan...
Bullendo en las caceras los prados regarán.
Dejan los cabreros
hatos y majadas;
traen en los zurrones
quesos de sus cabras.
Tan, tan...
tan, tan...
Con los pastores mozos alterna el rabadán.

Rebosa en los cuencos
la leche ordeñada,
tibia y espumosa,
florecida en natas.
Tan, *tan*...
tan, *tan*.
Sabe a menta y tomillo la ordeña por San Juan.

Los bosques de pinos
aroman y cantan:
no gimen sus troncos
mordidos del hacha.
Tan, *tan*...
tan, *tan*...
Hacheros de Lozoya, de retirada van.

Crecen en los prados
lirios y magarzas;
en los aguazales,
campanillas blancas.
Tan, *tan*...
tan, *tan*...
Zagales en amores sus tallos cortarán.

Hay en los hortales
guindas sazonadas;
brillan de rocío
cuando quiebra el alba.
Tan, tan...
tan, tan...
Traviesos mozalbillos las cercas saltarán.
Son nuncios de fiesta
calostros de vaca,
sabrosos hornazos
de costra dorada.
Tan, tan...
tan, tan...
Los hornos las retamas en fuego aromarán.
Vende el buhonero,
donde la posada,
rojas gargantillas
para las zagalas.
Tan, tan...
tan, tan...
Los mozos a las mozas, rumbosos, feriarán.

Bajo el olmo viejo
los labriegos hablan
de los pastos verdes,
de las rubias hazas.
Tan, tan...
tan, tan...
En ferias de Buitrago la yegua mercarán.

En el fresco ejido
las mozuelas bailan:
vivos zagalejos,
mantellinas claras.
Tan, tan...
tan, tan...
En torno a la paloma revuela el gavilán.

Cerca del aprisco,
solo, entre retamas,
junto a los canchales
de la barrancada,
con sus dos mastines,
del rebaño en guarda,

un pastor cabrero
dolorido canta:

« *Cabrerizo de Alameda*:
hoy se pondrá tu zagala
su pañolico de seda. »

Y la copla surge
llena de fragancia,
como los cantuesos
y las mejoranas.

LA HORA DULCE

¡Oh crepúsculos divinos
del dulce sol otoñal
en las claras de los pinos,
linderos del roquedal!

Esplende el cielo azulado
con viva lumbre carmín.
Suena lejos, apagado,
ronco, el ladrar de un mastín.

Una franja luminosa,
allá en el crestón frontero,
baña en suave tinta rosa
la blancura del nevero.

Cruza la trocha un regato,
todo espumas y rumor:
gobierna un zagal el hato,
—sucia nieve en el verdor—;

y al eco de su silbido,
sube desde la quebrada
el quejumbroso balido
de una oveja desmanada.

El creciente de la luna
es de nácar en el cielo.
Sobre la muerta laguna
alza un águila su vuelo.

Y dos cuervos, que del llano
retornan hacia sus nidos,
al cruzar el altozano
lanzan discordes graznidos.

LAS VEREDAS

Trochas duras de cabreros
perdidas en el pinar,
veredas blancas, senderos
ocultos del retamar.

Caminos de la montaña
que trepáis en rumbo incierto
hacia la humilde cabaña
o a la majestad del puerto.

Y tú, mi sendero santo,
que al claror de las estrellas
viste mojadas de llanto,
bajo mi paso, las huellas...

¡Vuestra paz al corazón
le lleváis en esta hora,
con la dulzura del son
de alguna esquila que llora!

LOS CAMINOS

Caminos hondos del valle,
viejos caminos, callejas
hendidas de las rodadas
de campesinas carretas,

con liños de verdes álamos
y aromas de salvia y menta,
con frescos prados cencidos,
moras, sol, musgos y piedras.

Caminos con hondonadas
donde las guijas verdean,
con regatos rumorosos
y arroyos entre mimbreras;

los que vais a par del río
ondulando entre las cercas,
con molinos silenciosos
y agua dormida en sus presas...

Yo he sentido vuestra gracia
milagrosa, paz de aldea,
bajo un dulce sol de otoño
y un cielo limpio de seda.

Ceñido de prados verdes,
casi oculto en la arboleda,
asoma Oteruelo humilde
la espadaña de su iglesia.

Movidas del aire tibio,
las hojas de un olmo tiemblan;
se escucha el glu glu del agua
sobre el bancal de una huerta.

Salva una moza un regato
por cantos que bailotean;
de sus haldas al cobijo
pasa temblando una vieja.

Cruzan dos carros henchidos
de carga aromada y fresca:
tributo que dan al monte
los fresnos de la ribera.

Cielo claro, ambiente limpio;
en torno cumbres enhiestas,
y el creciente de la luna
por la inmensidad serena.

En las montañas refulgen
las ondulantes hogueras
de pastores, que, al socaire
de los canchos, majadean.

Verdinegro en los remansos
donde las aguas se aquietan,
el Lozoya sus cristales
en los cascajares quiebra.

¡Qué sensación de frescura
por los sentidos se adentra
con el murmurio del agua
y el aroma de la hierba!

Caminos, viejos caminos,
callejas, hondas callejas,
en el verdor de la llana,
bajo la paz de las sierras.

ELEGÍA DE ABRIL

A la noble memoria del poeta Enrique de la Vega, mi inolvidable compañero de andanzas.

¡Con cuánto alborozo,
traspuesto el pinar,
sendero del chozo
te vuelvo a pisar!

Sendero que bajas
riberas del río
tallado entre lajas
que moja el rocío;

y trepas y brillas
allá en los alcores
con verdes orillas
cubiertas de flores.

¡Oh quién te pudiera
por siempre pisar,
en esa ladera
que baja al Paular!

Mozos cabrerillos,
rota la mañana,
entre los tomillos
y la mejorana,

subén desde el hato
saltarinamente
por aquel regato
de la clara fuente.

Cumbre y valle dora
recio sol de estío;
la hondonada llora
perlas en lo umbrío.

Arde el cielo en llamas,
fulgen los neveros;
cruzan las retamas
trochas de cabreros.

Y gris, en la fronda
de espeso pinar,
clarea la monda
de algún calvijar.

Pero el buen hermano
de la añeja andanza
se pudrió en el llano,
viva su esperanza.

¡Pobre hermano mío!
Trochas y veredas,
robles, sol y río,
puertos y roquedas,

dicen a mi paso
(¡tus amados viejos!):
—¿Nuestro amigo, acaso...?—
—Ya florece lejos...—

¡Alma, no recuerdes
punzadoras cuitas!
Las praderas verdes
brotan margaritas.

Entre la verdura
de los pastizales
manan agua pura
cavas y chortales.

Y por la garganta
del pinar silente
vuela un mirlo, y canta
melodiosamente.

UN PASTOR

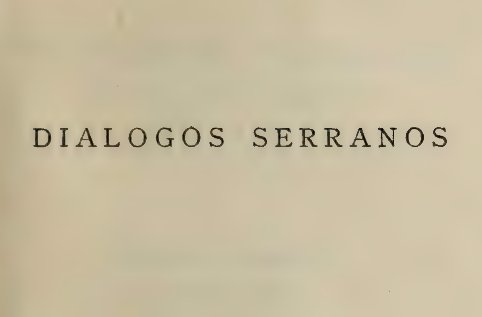
Este pastor cetrino,
arrugado y cenceño,
recio como el tocón de un recio pino
en el agrio paisaje berroqueño,
sobre el terruño inmoble,
transido por el sol de la llanura,
cela un entero corazón de roble
so la corteza dura.

¿Qué sentimientos guarda
su pecho enjuto bajo el paño tinto
de la anguarina parda?
Honda lleva en el cinto
para apriscar la desmanada oveja,
mas no para lograr lo que el instinto
le pide en ley o le demanda en queja.
Cuando aguijado de inverniza bruma
su rebaño trashuma,
la venta del camino
no guardará para su carne sierva,
hecha a duro terrón o a fresca hierba,
ni reposo ni vino.
¡Vino de Madrigal y la Membrilla,
de Esquivias, Alanís, Coca, Alaejos,
la aromada tintilla
y el oro fuerte de los caldos viejos:
cuán lejos de la boca
de este pobre pastor que sólo bebe
pura linfa de roca,
claro jugo de nieve;

de este viejo pastor que majadea,
campero, en el rastrojo y la montaña,
sin trocar la cabaña
por la paz venturosa de la aldea!
Tendido en las barrancas,
o en el pelado llano amarillento,
mira sin pensamiento
el paso augusto de las nubes blancas.
Pero ¡ay! cuando en la sierra,
allá en el alto majadal, responda
el silbo de la honda
a la inquietud de la angustiada tierra...

Al borde del camino,
hoy nos mira pasar el tronco viejo

de este pastor cetrino,
mudo, cariparejo,
sin traslucir curiosidad ninguna:
Igual viera cruzar con su cortejo
al rey don Juan y al condestable Luna.



DIALOGOS SERRANOS

DEL RABADÁN Y LOS ZAGALES
O EL FONTARRÓN

¡Cómo ríen los pastores,
camino del Fontarrón,
por el sendero que aroman
los tomillares en flor!

El cristal de un regatillo
hace a su alegría son
corriendo entre pedrezuelas
con acordado rumor.

Está en sombra la cañada;
pero en las cumbres hay sol,
y a su luz fulge la nieve
que el lobo invierno dejó.

En las aradas del llano,
del pedregoso terrón,
se alza cantando la alondra
con su mañanera voz.

Enhiestos sobre el rebollo,
a modo de verde airón,
los resalvos que la corta
del robledo respetó.

Y entre los robles resuena,
perezoso, el esquilón
de alguna vaca que rumia
tumbada sobre el verdor.

Marcha delante, escotero,
sin cayada ni zurrón,
un vejete cabrerizo
que de Castilla pasó.

Dos zagalillos de Arcones
caminan del viejo en pos;
a la espalda el zamarrico
y en los labios la canción.

Y un vaquero de Lozoya,
recio, de gilvo color,
por sus donaires famoso
desde Pinilla al Cuadrón.

Hacia el hato se tornaran
cuando el día clareó,
tras la noche cadañega
de guitarras y de amor.

Sobre la yegua cuatralba,
y en renegrido serón,
con las cedras, el cundido,
que hogaño se renovó.

Rebosan vino las cuernas,
más propicias al blancor
de la ordeña que a las heces
del tintillo retozón:

—Claro vino de ribera
que del Duero acarreó
un mozuelo cabrerillo
de la Mata de Pirón.—

¡Por el sendero atollado,
y entre los prados en flor,
cómo ríen los pastores
camino del Fontarrón!

. . . .

Fatídicamente suenan
los golpes del leñador;
un pino gigante gime
cercenado el corazón.

La tullidura de un grajo
la frente les salpicó;
un aire zarzaganillo
pone en las frondas temblor.

Sobre los pinos un cuervo
agorero croajó;
un buitre, pesadamente,
se abate sobre el alcor.

Ya en el borde del aprisco,
ensangrentado el vellón,
las atarazadas reses.
Allí clamara el pastor:

—Cabrero de Martín Cano,
¿quién el hato destrozó?
¿cúya la sangre que tiñe
las aguas del Fontarrón?

—Sangre de la oveja artuña
que alobadada murió;
sangre de la cabra jara,
la del chivato pelón.

—¿Y con el lobo en acecho,
(Dios te maldiga, traidor,)
te estabas cabe la lumbre
torreznero y regalón?—

—Allá por la sonochada
el barranco se anebló;
vellones de nieblas frías
vagaban en derredor.

A media noche, la perra
de Robregordo, latió;
en el silencio se oía
un cauteloso rumor.

El mastín albarraniego
contra las sombras ladró,
y alzábase entre las sombras
un quejumbroso clamor.

A poco, la tramontana
las nieblas arregazó.
En un claro, un lucerico
encendiera su fulgor.

El pastor que fogariza
sobre los canchos, silbó.
Miré su hoguera en el borde
pedregoso del Hoyón.

¡Qué tristeza cuando el día
los picachos blanqueó!
¡Cuánto la luz se tardara!
¡Nunca viniera el albor!

El mastín albarraniego
su carlanca enrojeció;
la verdura del aprisco
era campo de dolor.—

—¡Cabrero de Martín Cano,
no es tuya la culpa, no;
que son fiestas para lobos
los bullicios del pastor!—

En la majada sangrienta,
bajo la gloria del sol,
¡cómo lloran los pastores
a orillas del Fontarrón!

CON LOS BUENOS CABREROS

¿Adónde vais, los cabreros,
monte abajo por la agreste
loma de los Bailanderos?—

—Caminamos al hocino,
porque en la sierra, señor,
la nieve ciega el camino.

Trajo abril ventisca y hielo;
hambre para la llanura;
para los pastores, duelo;

que la rezaga inverniza
echó a los hatos el lobo
del canchal de la Pedriza.

Y hoy habemos de ganar,
antes que la noche cierre,
las cercas del Colmenar.—

—¿Y a qué dejáis la majada
trayendo al hombro el zaleo
de la res alobadada?—

—Lo llevamos a la aldea
a que nuestramo, Miguel
el de Guadalix, lo vea.—

—Mientras veláis en los chozos,
beben en las sonochadas,
allá en la villa, sus mozos.—

—Guapos mozos torrezneros,
amos de su pegujal,
que no los pobres cabreros.

Y no falte la ganancia,
que hogaño mercan las reses
para las tierras de Francia.—

—¿Dónde sale la vereda?—
—Allá en lo hondo, señor,
orilla de la nebreda.—

—Salud tengáis, los cabreros.—
—Dios vos la guarde cabal
para caminar senderos.—
. . . .

Encañado en la barranca,
el descuernacabras recio
silbos del canchal arranca.

Tras de los pastores van:
el mastín, la yegua pía
y el potrillo rubicán.

En el silencio del raso
la nieve helada crugía
con la huella de su paso.

CON EL PASTOR DEL RELEVO

Hoy miércoles ha llegado
para el relevo el pastor.
El puerto de Navafría
con el alba tramontó.

Pájaros de los pinares
saludaron el albor;
un cejo de niebla, el río
sobre el valle señaló.

En una fuente cumbreña,
antes de salir el sol,
remediara la fatiga
con el lastre del zurrón:

—queso fresco de sus cabras,
que por su mano encelló,
pan y el agua del nevero,
uva que pisara Dios.—

Ya en la senda, un caminante
con el mozo emparejó:
(tomillos de la montaña
daban al aire su olor.)

—¿A dónde va el cabrerizo?—
—Hacia el hato del Hoyón.—
—¿De donde viene?—
—De Casla
para servirle, señor.—

—¿Qué trae en la cuerna?—
—Miera.
El nuestramo la mercó;
que el escabro entre las reses
es como una maldición.—

—¿Llegará...?—
—Mediado el día.
En Lozoya, el herrador
ha de atenderme a la yegua
que al subir se desherró.

Por veredas de buen huello
navegara a mi sabor
caminando sin avíos
y escotero como vos.—

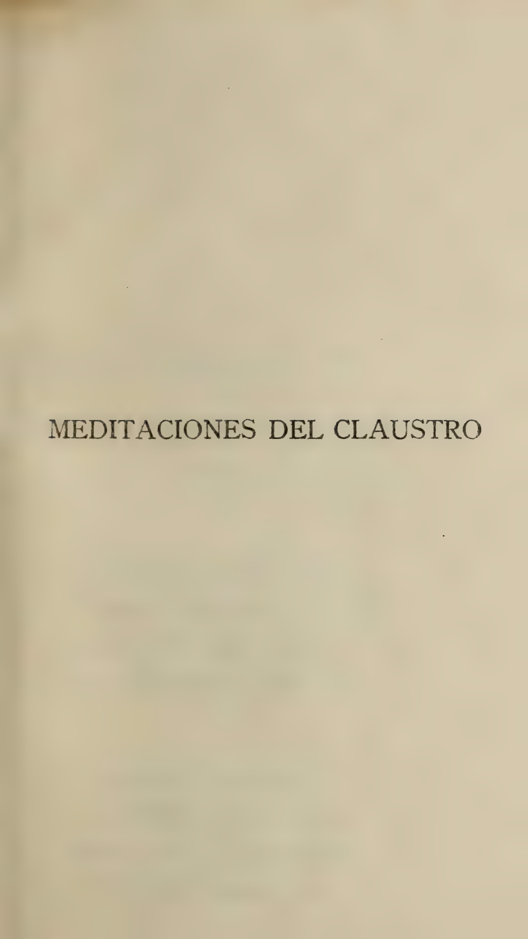
De la tierra segoviana,
donde pasara al amor
de los suyos siete días
con sus noches, se tornó.

Y hacia el hato se encamina
que le aguarda en el alcor,
con su ganado, su choza
y su mastín retozón

Volverán las horas largas,
silenciosas; el rumor
del torrente; el eco vago
de su silbo y de su voz.

Tornarán las noches frías
en el aprisco, al calor
de la hoguera, donde chascan
la retama y el cambrón.

Y así un día y otro día,
—agua, nieve, viento, sol—
hasta que se canse el amo
o hasta que lo mate Dios.



MEDITACIONES DEL CLAUSTRO

MONTE AMARGO

TROCHA que apenas nacida
mueres en el cantizal,
breve y dura, cual la vida
de este mundo terrenal;

y no gozas las praderas,
ni el recuesto muelle y suave
donde, allá en las primaveras,
la flor brota y canta el ave.

Pino retorcido y viejo
que, arraigado entre las peñas,
sólo alcanzas el reflejo
de la cumbre con que sueñas.

Fuentecilla que en la roca
naces, y en ella te pierdes,
sin refrescar una boca
ni bañar los campos verdes:

Sois las vidas malogradas
de alguna quimera en pos,
las pobres vidas truncadas,
como malditas de Dios.

LA GLEBA

Pienso al pie de la cascada
—cristal, espuma y rumor—
en la mies afogarada
de tu campo, labrador.

Pienso al cruzar la pradera
—margaritas y verdor—,
en la calva rastrojera
de tus apriscos, pastor.

Pienso al marchar entre pinos
—soledad, sombra y olor—.
en los áridos caminos
de tus hazas, segador.

Pienso trepando al nevero
—brillo, escarpas y blancor—,
en tu trágico granero
sin cosecha, sembrador.

¡Hambre y sed de la llanura!
¡Terruñeros del dolor!
¡Forzados de la aventura
hacia otra tierra mejor!

¡OH POBRE CUERPO MÍO!

Oh pobre cuerpo mío!
compañero del alma!
Podre serás un día
bajo la tierra parda;
polvo en el polvo mismo,
del que surgiste en apariencia humana,
como brotaras piedra,
ave, reptil o planta.

Y tú, espíritu ingrávido,
orgulloso en el vuelo de tus alas
al sol eterno de las cosas puras,
bajo su luz estáticas,
¿esquivarás la tierra
donde fueron tus ansias,
carne de niño un punto,
sin pensamiento, blanca,
la que dió a tus dolores
el barro transparente de sus lágrimas?

¡Oh pobre cuerpo mío!
Bajo las glebas pardas
fermentarás un día
con sol, con nieve y agua.
Serás acaso la sazón de oro
de la espiga que grana,
blanca flor en el borde de un camino,
átomo de la piedra en la montaña,
insecto en la llanura,
o en los roquedos de las cumbres águila.

Bajo formas diversas,
pero el mismo en sustancia
vivirás una vida
sin cesar renovada.

Y tú, pobre alma mía,
de la fraterna podre desligada,
y a la podre sujeta del recuerdo
de tu existencia humana,
¿sentirás cómo el paso de tu vida
pierde en los corazones su fragancia?
¿Oirás, en el silencio
de tu quietud estática,
los ayes y las quejas
de las vidas que amas?
¿Verás al hijo tuyo
comer un pan de lágrimas?...

Dichoso tú, mi cuerpo,
bajo la tierra parda.

LA GLOSA DEL PRIOR

(En el siglo XVI, D. Rodrigo de Valdepeñas, religioso de la Cartuja y prior del Monasterio de Santa María del Paular, glosó muy por largo, en el mismo metro del original, las coplas que Jorge Manrique, Comendador de Montizón, compuso «a la muerte del Maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, su padre». Solicitado de los afanes y deleites del mundo, en plenitud de vida y de gloria, mozo y gallardo, entre las banderías y disturbios de la hervorosa corte de Enrique IV, y albores de la de su hermana Isabel, Jorge labró en sustancia inmortal la serena, tersa y desengañada melancolía de su decir, sobria y lapidaria expresión de la vanidad de las dichas humanas y del imperio incontras-

table de la muerte. Recluído en el claustro, en soledad propicia a graves pensamientos, el cartujo, más poseído de devoción que de poesía, no hizo sino diluir en secas y prolijas consideraciones ascéticas la concentrada esencia de las coplas manriqueñas. Una visita a la celda prioral, en el Monasterio que, ceñido de regatos rumorosos y armoniosas arboledas, aun alza sus muros grises al pie de Peñalara, inspiró la siguiente glosa.)

Bajo el sayal humilde sueñas
y vives para meditar,
Don Rodrigo de Valdepeñas,
en la Cartuja del Paular.

Hijo dilecto de San Bruno,
preso entre montes carpetanos,
con oraciones, paz y ayuno,
guardas, pastor, a tus hermanos.

En el azul las siete estrellas
de los austeros fundadores
te han de guiar, mientras que huellas
la tierra encinta de dolores.

Allá en la noche silenciosa,
gélida al soplo del nevero,
junto al hogar, tu pluma glosa,
sabia, el decir de un cancionero.

Y en el claror del mediodía,
tras de la larga noche en vela,
terco tu espíritu, porfía
apostillando la vitela.

(Y es que el prior de cierto sabe
—ciencia al alcance del barbón—
que del vivir, risueño o grave,
sólo la muerte es la razón.)

MUEVE la brisa la noguera
del huertecillo prioral;
tiembla su sombra en la vidriera
del emplomado ventanal.

De las paredes encaladas
pende la tosca, negra cruz;
tras de los olmos, las nevadas
cumbres bañándose en la luz.

Y una impresión sedante y pura
de dulcedumbre conventual
da con su nota la blancura:
la celda, el monte y el sayal.

Pero lo mismo que negrea
la Santa Cruz en el albor,
en el espíritu la idea
traza la sombra del dolor.

Si es una y fija nuestra suerte,
vida, tu gloria, ¿qué aprovecha?
Todo lo humano al fin la muerte
pasa de claro con su flecha.

Ciegos, vivimos el acaso
del buen llorar y el mal reir;
sombra en la sombra es nuestro paso
tras de la luz, que es el morir.

Como verdura de las eras,
como en los prados el rocío
son los ensueños y quimeras,
la juventud y el poderío...

PERO el desgano, la amargura
de lo caduco y mundanal,
plasmó su ritmo en la armadura,
no en la estameña del sayal.

Quieto tu espíritu, no acierta,
en soledad contemplativa,
sino a erigir ceniza muerta
en torno de la llama viva.

Y en plena lucha aquel valiente
Comendador de Montizón,
supo medir serenamente
la pena de su corazón.

CAMPOS DE GUERRA

> A la quietud de la ruina monástica llega el eco bárbaro de la eversión europea.

Qué sombra arcana encierra
en su eterna virtud germinativa
la tierra que se pudre en esta tierra
que hoy huella con dolor la planta viva?

En sangre tinta y de ilusión preñada,
¿qué darás, tierra muda,
cuando cuajen en rubia llamarada
con fermentos de horror panes de duda?

Si es odio la semilla y sangre el riego,
en la próxima era
bárbaros trillos de cuchilla y fuego
macerarán tu ignota primavera.

La venidera espiga
que has de parir, con podre fecundada,
no será pan de amor en paz amiga:
ha de caer al filo de la espada.

No ha de volar el pensamiento libre.
Por leche hay que beber sangre homicida:
mientras la madre por el odio vibre
será su pecho herida.

Oveja flaca y ciega,
tornarás a sufrir infamia y daño,
hierro de esclavitud, trágica empega
que te sume al rebaño.

Has de cruzar, espíritu introverso,
en arcilla mortal la crespa vida
sin que brote a la luz, fúlgido, el verso
que se escande en tu entraña dolorida.

Para vivir su vida perdurable
en nuevo vaso terrenal, retoña
la idea inenterrable
que no logró su fruto en la carroña.

EN EL CEMENTERIO DE LOS FRAILES

Cuatro lienzos de muro, a trechos roto
por airosas ojivas;
la piedra de granito
por el agua y el sol ennegrecida.
Rotas las viejas gárgolas,
figuras carcomidas
de animales extraños, que las nieves
del invierno vomitan.
Agujas desmochadas
y al transcurso del tiempo corroídas

de recios capiteles, que en el claustro
las bóvedas afirman.
Esqueletos de plomo,
las antaño pintadas vidrierías,
donde en las noches largas
el viento helado de la sierra silba.
Y en el centro, la tierra,
con recuadros de bojes y de lilas,
con jazmines que aroman y cipreses
de perfiladas cimas
—allá en la primavera
del claro sol ungidas,
con gálbulos de oro
y un alegre volar de golondrinas—:
la tierra generosa,
fecunda madre que jamás olvida,
la que nos pare hombres
y, abandonados de la luz divina,
carroña, nos recibe
en sus entrañas mismas.
¡Oh, qué misterio guarda

bajo su austera costra endurecida
esta huesa común, sin inscripciones
que el necio paso de los hombres diga!
Huesa sin cruz ni piedras,
sin urnas cinericias
que, con soberbia pompa,
rememoren humanas jerarquías.
Todo es tierra entre tierra,
la madre con el hijo confundida:
lo que muere es fermento
de renovadas vidas.
Carne sucia de tizne del pecado,
o carne pura, flagelada y limpia,
todo es uno y lo mismo:
sustancias que la tierra fertilizan.
El cuerpo es frágil vaso,
prisión dura, y estrecha, y manchadiza;
vencido de la muerte,
podre de carne que soñara un día.
¡Oh, qué gozosa el alma,
de los terrenos lazos redimida,

ingrávida al azul vuela, siguiendo,
gloriosa, el rumbo que el ciprés le indica!...
....

Tan sólo en un rincón del viejo claustro,
del liquen y del musgo enverdecida,
un arca funeral al hombre dice
de humanas jerarquías.
¡Oh pobre obispo que en el arca duermes!
Ya ¿qué serás? Gusanos cebarían
su apetito voraz en tus ropajes.
Nido hicieran tal vez de tus insignias.
Tu carne consagrada,
cual la del pobre lego roerían...
Guardada de los soles y las lluvias
quedará tu osamenta monda y limpia...
Serás un fútil báculo de oro
y una piedra amatista.

REMANECER

AL resplandor incierto
de la primera luz, el alba rota,
bajo a regar mi huerto,
para el día que brota,
de paz y amor, mi corazón abierto.

Allá de las teleras,
cercano el herbazal que cruza el río,
llegan al huerto mío
esquilas tempraneras,
hermanas de la alondra y el rocío.

Un mirlo melodioso
en el limpio regato se chapuza,
y el huerto rumoroso,
en un vuelo glorioso,
un águila caudal serena cruza.

¡Oh montaraz aroma
del pinar que resinas lagrimea!
La verdinegra loma
es, a la luz que asoma,
humilde hogar que al despertarse humea.

De las vecinas breñas,
donde los musgos bajo el alba lloran,
viene trajín de ordeñas,
mientras las agrias peñas
en los roquedos, con el sol, se doran.

Y la armoniosa fuente
en el silencio cóncavo murmura;
y hacia el azul riente
la plata prematura
alzo, de mis pesares, con mi frente.

¡Puntal de mi quebranto,
alba cuna de amor, niño dormido!
Yo, que he sufrido tanto,
para este amanecer reverdecido
le di a mi corazón agua de llanto.

ÍNDICE

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 2 DE MAYO
DE 1916.



